

ABRAHAM Z. LÓPEZ-PENHA

CROMOS

Prologo de N. BOLET-PERAZA



PARIS
Biblioteca Azul

1895

OBRAS
del mismo Autor

En preparación

ROMANZAS.

RECUERDOS Y FANTASÍAS.

*Á la memoria de mi muy querido
hermano*

DAVID LÓPEZ-PENHA YR.

A. Z. L.-P.

RETRATO



Abdón Z. LÓPEZ-PEÑA.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ-PENHA

El clasicismo era de una sola pieza. Cuando se le arrojó del Parnaso abajo, quedó sepultado, pero no estalló. No así el romanticismo, ese precioso kaleidoscopio con que jugaron los genios, y que, al hacerse pedazos, desparramáronse sus mágicas joyas. Acudió al destrozo el Arte, recogió las migajas de iris, y de cada una de ellas hizo un regalo á las nuevas sectas decadentes. Simbolistas, parnasianos, coloristas,

místicos, impresionistas, todos tuvieron su pedacito de maravilla en que va contenida la belleza. El naturalismo no quiso entrar en el reparto. Le bastaba su diamante blanco, á través del cual busca la verdad.

La juventud americana se ha prendado de los primores nuevos, de los prodigiosos juegos de luz y color que el moderno arte ha ingeniado, y he ahí que ninguna época literaria ha despertado tan grandes entusiasmos ni fecundado tantos talentos como la presente época, eminentemente liberal, sublimemente anárquica, en que el pensamiento, con atrevimientos y rebeldías que habrían llenado de pasmo á los menos

asustadizos conservadores del extinto clasicismo, destroza los yesos de las antiguas formas y crea nuevos modelos; insurrecciona las cláusulas del discurso y los ritmos del verso; le da á beber champagne y pólvora á los vocablos para que saquen de la lengua nuevos y más vigorosos acentos; y en suma, declara que si la ciencia es la Revolución, el arte es la Reforma.

Á esa juventud entusiasta y poderosa pertenece el escritor y poeta que nos inspira las presentes líneas. ABRAHÁN Z. LÓPEZ-PENHA vió la luz primera en la isla holandesa de Curazao y es de raza israelita, de aquella raza patriarcal que al mundo dió poetas

excelsos, cuyos cantos sublimes tienen como ninguna otra poesía humana, el simbolismo profético que los hace inmortales. El idioma que en la cuna aprendió este joven americano, no fué el de Castilla, que ahora labra con tanta gracia y primor, y que por un efecto atávico brotó en sus labios á poco de haberse puesto en contacto con la raza de amplio espíritu que España dejó en América. Los ascendientes de LÓPEZ-PENHA fueron de aquellos laboriosos hijos de Israel que con el sudor de sus frentes hicieron fértil y rica la tierra española, y que al regarla con las lágrimas de su forzosa despedida de proscritos, la dejaron estéril.

LÓPEZ-PENHA es un temperamento esencialmente artístico, y su educación literaria la ha hecho adorando el genio francés, descubierta la noble frente bajo la lluvia de oro y pedrería en que se desgaja la nube azul que sobre París se cierne. Su verso es rico, primoroso y sensual; su prosa brillante y prismática. Como Gómez Carrillo en un principio, se le ve allegarse á los tesoros que encierra la gruta encantada del Sena; y ya le seducen las preciosas esmeraldas, ya los topacios con áurea luz, ya los rubies encendidos, sin acertar con cuál de aquellas riquezas ha de formar al fin su propio caudal; pero quien observe con atención las obras

de LÓPEZ-PENHA, podrá advertir, como á nosotros nos ha sucedido, que el joven literato, con altivez muy laudable, rehuye la limitada órbita del satelitismo, y busca girar en la exclusiva y libre de la espontaneidad. Con talento, juventud y ambición se va muy lejos, si el estudio es discreto y si no se esteriliza el alma, dejando morir en ella el ideal.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ-PENHA ha fundado en Barranquilla una preciosa publicación de literatura que lleva por título *Revista Azul*; y sabemos que en París se edita en estos momentos un libro suyo de prosa y verso que ha intitulado *Cromos*, el cual habrá de contribuir, no lo dudamos, á

acrecentar la estima en que á su autor se tiene, como uno de los vigorosos talentos que vienen á continuar con prestigio la edificación del gran monumento de las modernas letras americanas.

N. BOLET-PERAZA.

CROMOS

PSIQUIS

A Enrique Gómez Carrillo.

Alma, Venus, Reina mía, quiero aspirar el nardo de tu aliento. Casta eres y única entre las Vírgenes, como Orión entre las consteladas rosas del cielo. Eres pura y sin mancha de contacto. La mirra de tus labios produce la embriaguez sagrada. Tu rostro es un esplendor del azul éter.

Alma, Venus, Reina mía, voy á tañer el arpa del amor.

Yo escuché á los perlados rayos de la luna, las ondas plateadas y armoniosas, y oí el grito de las almas increadas en la voz de las brumas neblinas, más

allá de los pálidos horizontes. Apostrofé al Océano, viejo melancólico y beodo, y los órganos de lo profundo me trajeron un eco de la sinfonía de los mundos infinitos. Escudriñé las entrañas de la tierra y contemplé sus colosales hornos de diamante, admiré el portento de sus fraguas ignívolas y terribles, y ví las fuentes de donde el Océano se alimenta. Recorrí sus profundos laboratorios, y ví á la piedra cristalizarse en iris, y de la obscuridad y grosería del guijarro ví brotar el diamante azul de esplendorosas aguas, y presencié la fusión maravillosa del alma del rubí, que mezclaba su sangre purpurada y divina á las lágrimas del ópalo virgen, eflorescencia de la luz.

Quise ver más y me elevé en la carroza del relámpago, y pesé la esencia imponderable de los éteres. Visité los abismos siderales y ví astros de portentosa fábrica, que eran de puros zafiros; algunos había de esmeraldas, algunos de amatistas; otros eran de crisopacios, otros de rubíes sangrientos, y ví lunas

todas de oro líquido luminoso. Subí más, y sorprendí el secreto de los cometas, mariposas errantes de la noche eterna, de alas crisodinas y cabelleras flamígeras, que describen inefables parábolas en su viaje eterno por la soledad de los espacios infinitos. Subí más, mucho más, y al fin te ví, luz mía, y gloriosa te me apareciste en tu divina esencia. ¡ Oh! las dulces y santas alegrías, los secretos deliquios, la embriaguez íntima y deleitosa de la Amada y del Amado, del alma y del esposo, de la entelequia y del verbo, de la que todo lo da y del que todo lo recibe; vida, que es fuerza, evolución y fin; bondad, que es gracia; tonalidad, que es expresión; ritmo, que es número; armonía, que es verdad y hermosura perfectas! Las noches azuladas de infinita dulcedumbre, los gratos olores del valle de Sharon, los éxtasis á la sombra sagrada de los mirtos, ¿quién los cantará?

Alma, Venus, Reina mía, voy á tañer el arpa del amor.

Fuente sellada de tu hermosura. Son

tus alas como un iris prendido en la frente azulina de la tarde. Forman tu celestial ropaje los ensueños liliales aljofarados de oro luminoso. Yo adiviné tu armonía en el alma de las liras y hallé en el ritmo el secreto de tu dulzura. Revelóseme tu pureza en la idealidad del lis, en la florescencia del mármol, en los espirales del incienso alado, en las irisaciones de la luz.

Tu voz es como el sueño de gorisca guzla, tañida por las hadas de Oriente. Virgen, Luz mía, ¿cuándo tejeremos nuestro nido á la sombra sagrada de tus mirtos?... ¿No ves?... ¡Desfallezco!

En verdad eres casta, gentil y única entre las doncellas, como Orión entre las consteladas rosas del cielo. Tu rostro es un esplendor del azul éter.

Alma, Venus, Reina, este el dulce canto de mi amor.

COLLAR DE PERLAS

A.....

Ya sabéis dónde las visiones,
Alma y flor de las regias canciones,
Mariposas sedientas
De néctar y miel;
Ya sabéis dónde van las cadencias,
Las estrofas repletas de esencias,
Como rosas aladas
De un sueño de Edén.

Ya sabéis dónde van las tristezas,
Los recuerdos, las dulces ternezas,
Los delirios que enfloran
Las ansias de abril;
Ya sabéis dónde mueren los rezos,
Ya sabéis dónde anidan los besos,
¡ Ay ! los besos de labios
De miel y carmin...

¿No lo dicen las ondas aurinas,
Y las rítmicas notas perlinas,
Y las alas que flotan
Y el verso auroral?
¿No lo dicen los nidos vibrantes
Y en sus tiernas promesas
Las bocas amantes
En su yámbica lengua
Soberbia inmortal?

—
En la bruma azulina que flota,
En el iris fulgente que brota
Luminosas cascadas
Policroma luz;
En el nimbo, en la flor, en la gama,
Con que vibra sus dardos
Lumínica flama
Sobre el mundo ideal del azul.

—
En la fúlgida estela
En la luz zafirina
Que pule, que niela,
En el oro que riela
Glaucas ondas del férvido mar;

En la voz cristalina
Del plectro sonoro,
En los dísticos de oro
De la lírica marcha triunfal.

—

Niña flor de los ojos risueños,
Flor gentil de los áureos ensueños,
De los labios henchidos
De miel del Edén;
Ya sabéis dónde vuelan los rezos
Ya sabéis dónde anidan los besos,
¡ Ay ! los besos de labios
Sedientos de miel.

L'OUBLI

(de Jose Maria de Heredia)

En la altura los templos derruidos:
Y los que un tiempo fueron portentosas
Maravillas del mármol, héroes, diosas,
En ruin asombro yacen convertidos.

Tan sólo algún pastor, á los rugidos
De las marinas playas espumosas,
Acaso en blondas tardes rumorosas,
Le arranca al caracol tristes gemidos.

La tierra de los dioses, elocuente,
Á cada primavera en vano ciñe
El roto capitel de un nuevo acanto.

El hombre allí discurre indiferente,
Y en vano el mar cuando la noche tiñe,
Lamenta á las sirenas con su llanto.

NOCHE

A Victor L. Esbevería.

I

Helados vientos de las noches frías,
Negra falange de águilas; harpias
Que vomitó el Erebo, heló la muerte,
¡Pasad con el negror de vuestras alas!
No las etéreas salas
De ardiente pedrería,
Empañéis de este terso firmamento,
Con el gélido aliento,
Helados vientos de la noche fría.
¿Qué cóler así os mueve, qué ira santa
Os lanza a los espacios ateridos,
Cual sórdidas, siniestros rosoplidos
De honda, agorera y espectral garganta?
¿Qué arpa gigante, grave y misteriosa,
Que con secreto horror el alma hiere,
Revibra en vuestro acento y, majestuosa,
Salmodía interminable miserere?

¿Qué clarín formidable del abismo
Retumba en vuestra voz solemne y clama,
Y ahullidos de furente paroxismo,
Con ruido de cien trompas desparrama
Por el éter sonante,
Sobre el ala del rayo revibrante?...
Sombras doquier. Por la región vacía
De esta aterida noche, hórrida y fría,
Con el negro estandarte desplegado,
El dios de las terribles tempestades
Rápido va. Veloces como el hado,
Las ruedas relucientes
De su carro inflamado,
Forman discos de lívidas serpientes,
Y pálidas oscilan las estrellas
Tras el fulgor siniestro de sus huellas...
Sombras doquier, cual si el astral semblante
Del cielo rutilante,
Velaran con sus túrbidas legiones,
Inquietantes, fatídicas visiones
De la noche infinita,
En procesión satánica y maldita;
Cual si del limo de la tumba impuro,
Brotaran de improvisó
Por infernal conjuro
Las almas de los réprobos bla·femos

Que en vano piden paz; las torvas, hueras
Creaciones de fantásticas quimeras;
Que engendrara el terror; monstruos enormes
De alas apocalípticas; terribles,
Ejércitos informes
De gnomos, furias, trasgos y vampiros,
Que se retuercen en convulsos giros;
Siluetas imposibles,
Y visiones horrendas
De espectrales, faridicas leyendas,
Tristes como el pecado...

¿Por qué extraña,
Inexcrutable ley, el alma vibra
Con esforzado aliento, cuando escucha
La titánica lucha
Que el torbellino libra
Con el grande océano,
De la noche dantesca en el arcano? ..
¿Porqué de los airados elementos
La austera, abrumadora sinfonía,
Halla en el corazón del hombre acentos
Que unísonos responden? Ayes, gritos
De dolores ignotos, infinitos;
Toda la escala inmensa de la humana
Miseria: el blasfemar de la impotencia
El ahullido cobarde

De ponzoñosa envidia, que en el lodo
Revuélcase feroz; la furia insana
Que á sí propia devora en su demencia,
De atroz calumnia el vil ladrido; todo
Semeja formular en cada nota
Que sobre el ala del abismo flota,
Del rugiente huracán la voz tonante,
Cuando empieza su diálogo gigante
Con la noche sin fondo...

II

¡Oh! yo he soñado
En las horas de duelo,
Cuando su alegre azul nos riega el cielo,
Con las rientes y bellas
Mañanas de la vida venturosas,
En que florecen las primeras rosas
De amor y de virtud! ¡sencilla infancia,
De luz repleta y virginal fragancia;
Días de sol y noches de ilusiones
Y mágicos beleños,
Cuando en ronda de estrellas,
Descienden del azul de los ensueños,
Libélulas de luz, blancas visiones,

Aureoladas con nimbos de la luna,
Á visitar la cuna
Donde entre dulces cánticos y rezos,
El maternal cariño
Tierno arrulló nuestra ilusión de niño
Con la miel y la estrofa de sus besos!
¿Por qué tan presto la hoz del desencanto
Siega la hermosa flor? Apenas arde
Un punto, de este albor, la lumbre pura,
Y los ojos del alma dulce hiere,
Cuando en la triste y nebulosa tarde
Pliega sus alas fúlgidas y muere.
¡Y cuando de este sol la luz no alumbra,
Viene la noche negra, honda, infinita,
Y sobre olas de llanto,
En tétrica penumbra,
Cual la humana conciencia, insubmergible,
Sólo se ve flotar, arca maldita,
La duda enorme, eterna, indestructible!
¡Quién pudiera, cual pájaro que al nido
Torna feliz, volver á la primera
Edad, y restaurar del negro olvido
Las desfloridas glorias
De esta breve y alada primavera!...
Vano, doliente afán: las frescas flores
Que nos dieron su miel y sus olores,

Jamás retoñarán, ni las ardientes
Promesas ilusorias
De noble y ardorosa adolescencia,
Ya volverán. Rota ánfora de esencia,
Que aún guarda de su aroma, el grato aliento,
Y á su esplendor pasado nos revive,
El triste pensamiento
Al suave olor de los recuerdos vive.

NUPCIAL

Al Sr. doctor don Rafael Nuñez.

Ornadas de florones entre acantos
De recortadas folias,
Pilastras de verdura las magnolias
Remedan. De los pasos y caminos
Bordan las rientes márgenes
Collares de convólulos,
Festones de olorosos oxiacantos,
Guirnaldas de rubís y esmaragdinos,
Coronas de amatistas, perlas trémulas
De orientes irisados y opalinos,
Diademas de esmeraldas,
Carbunclos y topacios.

Ved. El imperio de la aurora empieza.
Los céfiros suspiran, y adereza
Con luces mil su dombo el firmamento,
Hay música en el viento,
En los aires suavísimos ardores,
Fulgor en los espacios,
Y abajo mirtos, pájaros y amores.

Floridas astromelias
De escondidos alcoces,
Verdeguentes almendros y arrayanes
De olorosos pensiles
Y resonantes plátanos y taguas
De salvaje espesura,
Reflejan sus palacios
De ondulante verdura
En los glaucos cristales de las aguas
Llenas de sol y pétalos de flores.
En risueños enjambres,
Silfos y nereidas
Del bosque murmurante mil olores
Esparcen de sus ánforas
De argento cinceladas y zafiro...
Besos de sol y púrpura de Tiro
Estallan en los brotes y en las yemas...
Como el aliento de las bocas cálidas
Que se buscan y estrechan, de las frondas,
Húmedas, centelleantes de rocío,
Con ledo murmurio,
Se esparcen tibios, amorosos hálitos
En perfumadas ondas.
El llameante licor la vid secreta,
Que inspiración alada
Y auras estrofas le dará al poeta.

La rosa nacarada,
Del sol, bajo los ósculos de fuego,
Con suavísimo aroma desfallece,
Y trémula en los brazos
Del Amado, la Amada
A un tiempo se sonroja y palidece.

¡ Oh, ciclo del amor ! ¡ Oh, Poesía !
Recóndita alegría,
Secretas venturanzas,
Idilios y poemas,
Repletos de promesas y esperanzas !
¡ Oh, las nupcias de abril primaverales.
Era de luz, de cántigas y flores,
Que estallas en los brotes y en las yemas,
En concierto de besos inmortales,
En explosión de vírgenes olores !

SIMBÓLICA

A Augusto N. Samper.

Era un campo liliat constelado de lirios,
Donde erraban las almas de extraños perfumes,
Lleno de ecos alados de blancas leyendas,
Como son los ensueños florales de armiño
Del rosado país ideal.

Allí en ondas turquesas del lago que tiembla,
Esponjaban los cisnes sus alas de nieve,
Bajo un cielo benigno, sonriente y dorado,
Do acendrabá sus perlas de miel perfumadas,
Lujuriosa la vid tropical.

Revibraban los aires y bosques, repletos
De nidales y ritmos y alitas de iris ;
Suave orquesta de coros de mirlos y alondras,
Daba al sol su perenne, auroral fantasía
Sobre un viejo motivo de amor.

Muchas veces al son de las rítmicas arpas,
En su sílfica danza en un rayo de luna,
Sobre el lago de nácar, la luz sorprendía
Á las pálidas, dulces, nocturnas visiones,
Al romper en oriente el albor.

—

Mas vinieron en negras, cuadrigas infandas,
En falanjes, en hordas y enjambre infinita,
Los vampiros que rondan los negros sepulcros,
Y los buitres y trasgos y brujas siniestras,
De la noche maldita, espectral ;

—

Y mancharon por siempre la lumbre del ciclo,
Y del sol los milagros por siempre anublaron,
Y á la sombra ominosa que hacian sus alas,
Se adurmieron por siempre los cisnes y lirios
En un sueño postrero y lílial.

EFÍMERA

Urna de rica esencia, rosa ardiente,
Flor soberana, dúcida, hechicera,
Que en su imperio ve arder la primavera
Cual de amor, beso trémulo y candente ;

¿ Quién agostó tu cáliz inocente,
Orgullo antes del cielo y la pradera ?
¡ Tánta vida, y morir ! ¡ oh, quién pudiera
La eternidad brindarle, flor sonriente !

¿ Porqué nacer con la alborada hermosa,
Si para siempre, á su postrer destello,
Á morir la sentencia suerte dura ?...

¡ No, no creo, mi Dios, que tu hermosura
Querrá destruir por siempre lo que es bello,
Ni aun en la existencia de una rosa !

CREPUSCULAR

A Demetrio Dávila.

La trompa de los espacios
Ruge en los hondos palacios
De la gris inmensidad
 Del mar;
Y en las ondas se derrama,
Entre chispas de topacios
Una voz que triste llama
 Y clama.
En lontananzas de espuma,
Con tetras alas, la bruma
Mató el pálido arbol
 Del sol.
Como un órgano que muge
Y asorda, entristece, abruma,
El viento en las olas cruje
 Y ruje.
Gélida, vibrante nube,
Por el mustio cielo sube,
 Sin fulgor
 Ni color;

Cintilla súbito fuego,
Como espada de querube,
Y lejos retumba luego
 Rumor bronco,
 Sordo y ronco.
Crecen las sombras. El cielo
Con denso, turbido velo
 De dolor,
 Se enlutó;
Y el mar en la noche umbría,
En su eterno ritornelo
Con salvaje sinfonía
 Gime, ora,
 Canta y llora.

SCHERZO EN LILA BEMOL

A A

Veo relámpagos de rosa
Y estremecimientos de oro
En las tremulantes ondas
Del lago cabrillear ;
Y oigo el crugir de la seda
De los botones que estallan,
De la espuma que se enfleca,
De liras y alas que vibran.
Mientras los cisnes navegan
Bajo frondas de azahar.

Lírico y floral suspiro
En su esbelto y fino tallo
Mueve las flores del río
Con un rítmico vaivén.
¡ Oh Psiquis mía ! ¿ es tu aliento
Que mis sentidos suspende ?

¿ Es el alma de tus besos,
Que en un hálito de rima
Revuela en pos de mis versos
Y quedo murmura : ¡ Ven ! ?...

Hecho de nimbos de rosa
Y suaves, dorados tintes,
De la espuma de estas ondas
Te haré un alado rondel ;
Y mis versos y suspiros
Te he de enviar, Psiquis mía,
Cincelados y esculpidos,
Con estambres de miosotis,
Sobre los pétalos tibios
De una virgen rosa-te.

TRISTE

Sous ses baisers d'amour chastes et brûlants,
Dont je n'éprouverai jamais la volupté,
Peut-être un jour de plus heureux amants
Cueilleront de son sein parfumé
Les douces fleurs d'une charmante jeunesse.

Désormais, loin d'elle et plein de son ombre
Comme d'un parfum sacré ; toujours ivre
De sa beauté céleste qui m'enivre,
Comme un lys dans la nuit morne et sombre,
Mon cœur s'épanchera dans la tristesse.

RONDO CROMÁTICO

— —

A mi querido sobrino David de Marchena Yr

Y bajo las arcadas siempre floridas,
A la asombrada vista de cien jazmines,
Con horror de las rosas siempre encendidas,
En mitad de la frente se la besó.

— —

En tanto danzan,
Danzan las hojas,
Y raudas giran,
Gárrulas, locas,
En un alado, eterno rondo de amor,
Bajo los mirtos,
Sobre la alfombra,
Mientras preludia
Dulces dolores
En su gama de perlas un ruiñeñor.

— —

Y bajo las floridas, verdes arcadas,
A los turbados ojos de las palomas,
Con horror de las miras maravilladas,
En mitad de los labios se la besó.

VERSOS

QUE EL PRÍNCIPE RUBÍ

escribió para su Amada.

Es mi Amada. Quince apenas
Son los refulgentes mayos
Que en su oriente Primavera
Renovó sus ciclos áureos,
Serenó su cielo azul ;
Que la luz rosada y suave
De los cuentos de las hadas,
De los sueños orientales
Del país de las apsaras,
La envolvió en su silfeo tul,

En su regio seno Aurora
Dejó el ampo de sus perlas,
Los pétalos de sus rosas

Y sus éteres y esencias,
La ambrosía con la miel ;
Y en la noche de sus ojos,
Y en su boca nectarina,
Luz de terciopelo y oro,
Olor de pomas aurinas,
Con frescura de verjel.

Por el país encantado
De los pomposos limones
Y los floridos naranjos,
Donde entre mirtos y flores
Suspira eterno el bulbul ;
Allí viéronla mis ojos
Jugando en las frescas ondas,
Entre las flores de loto,
Desnuda como una diosa,
Sultana de un cuento azul.

Y ví una carne soberbia,
Que era en la tez como el lirio,
Tersa, más tersa que seda,
Blanca, más blanca que armiño,
Nítida más que la flor.
Como una alba sonrosada

Huyó en las frondas ligera,
Y desde entonces el alma
Va como inquieta libélula
Por el azul del amor.

¡ Oh, no preguntéis el nombre !
Es la princesa radiosa
De mis pensativas noches,
Es mi regia soñadora
Es mi ideal irreal.
Nuestro amor es el poema
De las péris y los ángeles ;
Escrito en preciosa lengua
De los cuentos orientales,
Con versos de luz y azul.

TU IDEAL

A Julio Blasini.

Como el armiño de nevada cima,
Que bañan nimbos de naciente aurora,
Tras tenue gasa que ciñendo el cielo
Lejos relumbra,

Luce su frente entre cabellos rubios,
Que de favonio al delicado aliento,
Mecen sus hebras en revueltas ondas
De oro lucente.

Jamás el alba de un benigno cielo,
Jamás los astros de la parda noche,
Igual tesoro de radiosa lumbre
Fúlgidos dieron,

Cual la que tiñe sus mejillas suaves,
Cual la que vibran sus azules ojos,
Hoguera inmensa do el incauto vate
Quema sus alas.

SINFONÍA

A Manuel S. L. Maduro.

Era á la caída de la tarde.

Acababa de despedirme de un puñado de caros amigos. Con algunas vueltas de la poderosa hélice halléme en alta mar. Atrás, la patria, los amados, los buenos compañeros, ella, la de mis secretas ansias, la blanca, la ideal; delante, la incertidumbre del mañana, la sombra que se cernía, el cielo triste y helado, el negror del abismo infinito. A mis ojos la amada tierra huía, huía hacia Levante, envuelta en el sudario de las brumas marinas. Bajo aquel cielo gris y desolado, me sentí palidecer, y mi alma tuvo frío, el frío de la ausencia, que hiere más que el cierzo de glaciales alas y el embravecido Bóreas.

¡ Ah! ¿ Verdad que es negra la noche del proscrito ?

Y mi alma habló á través de la dis-

tancia, á compás de la sinfonía de las olas :

¡ Oh, compañeros ! ¡ Oh, Amada !
En esta popa tengo mi balcón sobre el abismo. Desde este balcón os saluda el viajero, el hermano, en marcha hacia lo desconocido, hacia la noche. En mi ausencia, la amada brillará como un sol entre las doncellas ; pero su rostro no regocijará mi corazón. Se sonreirá, y estaré en la sombra ; hablará, y no oiré su voz. La gaviota que pasa batiendo las lánguidas alas, me grita : ¡ Proscrito ! Y el buen viento parece que dice en su sorda voz de bajo de órgano : ¡ Triste ! triste ! triste ! triste !

Y así contaba mi alma su extraña salmodia, á compás de la sinfonía de las olas.

Y á mis ojos la amada tierra huía, huía hacia Levante, arrebujada en el sudario de las brumas marinas, bajo un cielo glacial y desolado.

á la caída de la tarde,

ABIGAIL

(Romanza.)

¿ Eres hada, eres reina, eres pájaro,
eres estrella, eres flor, eres princesa,
señora de un cuento oriental ?

Te ví pasar envuelta en ráfagas de
imperial armiño, derramando resplan-
dores de rosa y blanca claridad de
astro, sobre tu nube de luminoso azul,
y el príncipe de los dulces ensueños no
iba á tu lado. Y me dije : Esta es la
virgen reina, la princesa única, la señora
estrella, la señora hada. Ved como va
sola, en la alada carroza triunfal, hacia
el rosado imperio de la aurora.

¡ Reina ! La primavera descoje á tus
pies sus regios abanicos bordados de
cándidas flores, sólo porque los pises.
La luz irisa el espacio para nimbar tu
frente de niña adorable, con las fim-
brias de su cerúlea túnica, y refrescar

en el raso purpurado de tus labios sus
flechas candentes y doradas, ¡ oh blanca
princesa!

Vuela, vuela, ¡ oh, paloma! en tu
carroza triunfal, hacia el bello país de
las hadas — ensueño, de las sílfides —
luz.

Un hilito trémulo de oro palideciente,
robado á la pura luz de la edenal
mañana, sonríe en tus aterciopeladas,
negras, soberbias pupilas. He aquí por-
qué eres la rosa rítmica y lilial: hablas
y tu voz ritma la palabra sedeña y
perfumada, como las cuerdas del arpa
sonora las vibraciones del himno lírico.

Y dijo, llena de tu luz, el alma del
artista:

¡ Astros de la infinitud sideral! Dejad
pasar á vuestra menor hermana, á la
virgen reina, á la princesa única, á la
señora hada de un dulce cuento oriental.

AZUL

¡Oh! ven conmigo al campo, tú, de mis ansias
Secreta flor y poma llena de olores,
Tú, que cual Hebe, el vino de amor escancias
Dulce virgen bendita de mis amores!

El dios de las leyendas su sintonía
Rompe por los fragantes bosques risueños
Y en ampos de azucenas, Musa-Harmonía,
Hace brotar las rosas de los ensueños.

Su palio azur el cielo viste de gloria
Con refulgentes alas de querubines,
Y del amor la eterna, divina historia
Murmuran las magnolias á los jazmines.

La luz, luz embriagante, con hilos de oro
Trenza y borda la espiga que al aire ondea,
Irisa las espumas del mar sonoro,
Y entre alas, brotes, pulpas y flor chispea.

En los átomos arde, tiembla y se enciende,
Bulle en las frescas aguas, ríela y borbotó,
Besa el plumón del ave que el éter hiende,
Vibra en liliales ondas como una nota.

Flores, nidos y aurora... Triunfal plumaje
Yergue al cielo la palma grácil y alada.
Viste la tierra el casto, nupcial ropaje
De sus vírgenes ansias de desposada.

¡ Oh! ven conmigo al campo, tú, de mis ansias
Secreta flor y poma' llena de olores,
Tú, que cual Hebe el vino de amor escancias
Dulce virgen bendita de mis amores!

FUGA DE LOS CENTAUROS

(de Jose Maria de Heredia.)

A Mozas Curial.

Hacia el fragoso monte que su antro inmundo cerca,
Huyen ébros de sangre, en fiera rebelión...
Los espolea el miedo, prevén la muerte cerca,
Y sienten en la noche no sé qué olor de león.

Mientras allá lejos yerguen su inmensa crestería,
El Ossa y el Olimpo y el áspero Pelión,
Barrancos y torrentes traspone la horda impía;
Ni la hidra los detiene ó el hórrido estelión.

De cuándo en cuándo alguno de la feroz manada,
De pronto encabritándose, se vuelve en su pavor,
Y atrás lanzando, rápida, fatídica mirada,
Torna de un salto á unirse á la bestial legión.

Es porque al fin ha visto, á la brillante lumbre
De la radiosa luna con súbito terror,
Crecer detrás y erguirse, como siniestra cumbre,
De la herculánea sombra el gigantesco horror.

EN LA TARDE OPALINA....

A Vicente Acosta.

En la tarde opalina incienso y arde
El alma de las flores de la tarde,
Y es el adiós del sol, suave y postrero,
Que en un beso de luz el orbe inflama,
Como el adiós del triste caballero,
A su donosa y pensativa dama.

Sobre las frentes pálidas y frías
Flota el perfume de los muertos días,
Y más de una visión bella, hechicera,
Recuerda al corazón los no cumplidos
Anhelos y esperanza lisonjera,
Los sueños de oro para siempre idos...

Y cual dulcida y mística plegaria
De una alma soñadora y solitaria,
Hacia las niveas brumas vaporosas,
Poema de floral melancolía,
Se exhala la tristeza de las rosas
En inciensos de aroma y poesía.

Abrahán Z. LÓPEZ-PENHA.

RIMAS

La gota de rocío con que el alba
Riega la flor sedienta en la pradera,
Me recuerda esa lágrima postrera
Que en tu seno al partir deposité.

El mar nos separó, también el mundo;
Arropóse el pasado en denso velo;
Aquella lágrima absorbióla el cielo,
Elocuente tributo de la fé.

Como la majestad de noche umbría
Vence la ruborosa luz, la ausencia
Borró de tu memoria la elocuencia
De esos días que nunca volverán!

Desde entonces el alba muchas veces
Bordó de perlas la seraz campiña...
Como esas perlas de la aurora, niña,
¡Mis ojos su caudal no agotarán!

ORIENTAL

No busquéis en sus besos de la odalisca
 La sed que mata,
Ni en la radiosa noche de sus pupilas
La calcinante fiebre de ardiente hetaria,
Las éxtasis arcanas de la sibila...
Es macarena musa, virgen sultana,
 Toda alegría.

Sobre su casta frente brillan las perlas,
 Arden las rosas ;
En sus gráciles hombros aun aletean
Las alitas de armiño de la paloma,
Y en sus nectáreos labios la primavera
Toma el fragante aliento de sus auroras,
 De sus esencias.

Bajo sus piecitos brotan los mirtos
 Y los claveles ;
En su redor ondulan hadas y silfos
Y abejas de oro, giran zumbando alegres

En ronda de los sueños y los delirios,
Y aspiran en sus besos la flor y mieles
De los delirios.....

¿Quién como ella, la rosa de mis amores,
Flor de mis versos?
Es la secreta perla que en fúlgeo broche,
En el mar de los sueños y los recuerdos,
Defendida del viento de los dolores,
Guardo en la concha aurina de mis ensueños,
De mis amores.

NOSTALGIA

Ai Sr. Dr. D. Miguel A. Caro.

¡Oh poeta, canta! Un coro orquestal de alondras anuncia la primavera.

Canta la rubia era de las rosas y de la luz, de las endechas melancólicas, sencillas como son las casas de los corazones primitivos, de las alegres farandolas sobre la grama humilde y olorosa, bajo los grandes árboles, en los ardores de las siestas.

Canta la era de los bambucos rebosantes, de íntimas, delicadas ternezas, y también de la *cumbiamba* gris, acre y fatídica, abracadabra de pristina salvajez de los países del banjo, del gongo y del boomerang.

Canta las dulces antesterias, en que Cora es restaurada á los maternos brazos y florecen las primeras lilas.

Canta, ¡oh poeta! Canta la blonda estación de los rosados madrigales, de

las odas regias, de los comos nupciales, en que celebran sus oarystis los hijos del dios sol y las dryadas de la corriente linfa, gran purificadora.

Canta los sagrados misterios de los florilegios, en que la seda de las corolas rima con el iris de los estambres.

Canta la era de los besos-estrofas, de los rondos sugestivos y elegantes, de los festivos scherzos, de la donairosa danza, de los camafeos liricos, los hemistiquios armoniosos y vibrantes, bordados de perlas, crisoberilos y amatistas.

Canta el ciclo de los sáficos diamantinos, de los sonetos triunfales, de las seguidillas ritmicas y primorosas, de los rondeles preciosos, hechos de brocado azul y llenos como de un perfume blondo.

¡Oh Psyche, oh Amor, oh Primavera!... En verdad la hermosura es una consagración.

¡Ah las doradas lejanías, indecisas y esfumadas como el país de un ideal abanico! Las colmenas zumban; los bom-

bómidos pueblan el aire con su orquesta á la sordina, y al parloteo de los nidos y al ritmo cristalino de las cigarras, mézclanse las risas de los coros de mozas que se bañan en las ondas de los remansos...

¿Porqué está hosco el poeta? El cisne rey de la rima olorosa y alada, está solo, pensativo y triste.

En tanto, el pájaro alegre trina. Es el minnesinger de los bosques, lira viviente. Con su rápido vuelo de pedrería irisa las ondas del aire. En su alma, tan pequeña y humilde, hecha de un suspiro de Dios, cabe todo el poema lírico de la alegría, y ébria de azul y de luz, canta y ríe alocadamente. Mirad. Tiene para sus amores el nido y el cielo para su canto. La cascada de perlas de su parlero pico regocija los palacios del viento, y las hadas de los nenúfares del río se asoman para escuchar el secreto de su canto en la mañanas sonrosadas. Libre como los celajes en los espacios, canta y es feliz bajo la enorme mirada azul que le sonríe benigna y luminosa.

¡ Ah la luz ! En dardeantes llamadas inunda las grandes avenidas ; chispea en los airones de las palmeras cimbreantes ; desfleíase en los frescos corimbos de los arrayanes ; pósase en el oro mate de las rútilas espigas, y sonríe deliciosamente en la esmeralda pomposa y caliente de las riberas, y con un celestial resplandor de hermosura, derrámase en cataratas de bullente pedrería en las glaucas línfas que chapotean alegremente entre sus guijas franjadas de argentería.

En tanto, el poeta va por las veredas ignoradas, cabe las márgenes consteladas de anémonas y campanillas. Las gárrulas arboledas le convidan con los castos estremecimientos de sus frondas, aromadas y tibias, como orientales camarines, con sus arcos moriscos y columnatas de verdura, sus hojosas gárgolas, sus mosaicos, sus florones y arabescos, sus oscuros tapices y tersa alfombra de peinado césped.

Pasa. En vano le hacen zalemas los encendidos claveles, y los crisántemos

en su heraldica pompa le miran con sus grandes ojos. Una azucena arrogante y victoriosa le sonríe dulcemente, y un mirlo muy galán desde su tálamo de lirios, preludia una romanza en rosa bemol compuesta por los silfos del bosque durmiente. El poeta nada vé, nada oye. Piensa. Piensa en los dolores incurables, los ensueños rítmicos, imposibles, las nostalgias infinitas. Es el cansado, ideal peregrino de los países dorados y lejanos, sólo entrevistos en sueños. Trae en el alma todas las leyendas del delirio, todas las visiones de la Selva Negra, todos los espirales del vértigo sublime. Hay en sus pupilas fosforescencias de piélagos extraños y misteriosos, y en su retina reverberaciones de ortos, claridades de astros de remotos climas. Su frente es como la de un dios, y de sus labios de hierofante y visionario, fluye en inmortales estrofas el verbo, yámbico y triunfal.

En derredor del dios Pan la tierra canta, el cielo sonríe; sólo el poeta enmudece.

Donde quiera vé desbordarse una alegría loca que le irrita, y cuando acaso distingue, á lo largo de los bosques, alguna pareja amorosamente enlazada, como en las antiguas estampas emblanqueciendo el fondo verde-oscuro de los follajes ; cómo le torturas, oh ! genio implacable de los recuerdos !

¡ Ah ! él no lo ignora. Sabe que las hermosas vírgenes no tienen sonrisas para las almas enfermas y tristes ; sabe que no tienen besos para sus labios de inmortal, ni consuelo para sus nostalgias de príncipe enfermo, de dios proscrito y errante. Ved por qué el poeta, el cisne rey de la rima alada y misteriosa, está solo, pensativo y triste.

¡ Pobre poeta !

ACUARELA

A Aurelio González V.

¡ Oh Eros! Es el áureo tiempo de la primavera, el tiempo del amor y de las rosas.

Candente sol. Allá en el glauco fondo, en el marco que forman las ramas de los limoneros y los naranjos cubiertos de frescos retoños, una virgencita pensativa, de cabellera blonda, labios húmedos y ardientes como la flor del granado, vése échadita como un pájaro sobre la balaustrada del balcón.

En el azul, abejas de liliales ondas de luz, polen de flores que estallan, hálitos de pomasque maduran, euritmia de alados gorjeos, élitros irisados que vibran, ronda de mariposas áureas, danza de libélulas de alas diamantinas.

¡ Oh, Eros! es el áureo tiempo de los dulces misterios, el tiempo del amor y de las rosas.

Las gráciles palmas cabeccan. De

suelo emergen vapores mirrinos; rachas de brisa tibia, enervante como aliento de mujer enamorada, vienen de las alturas, y un vaho de sueño y de recónditas languideces flota sobre las afili-granadas hojas, las desfallecientes corolas, los nidos murmurantes.

La morena tierra yace embriagada con el vino de la alegría; su seno palpita con los estremecimientos de las ansias nupciales.

Y bajo la potente reverberación de ese cielo luminoso que tiembla y palidece en un deslumbramiento de infinito azul, allá en el glauco fondo, en el marco que forman los limoneros y los naranjos cubiertos de frescos retoños, y como envuelta en el hadado velo de los ensueños vírgenes y cristalinos, miro siempre á la niña pensativa, la de blonda cabellera, labios húmedos y ardientes como la flor del granado, echadita como un pájaro sobre la balaustrada del balcón.

¡ Oh, Eros! Es el áureo tiempo de la primavera, el tiempo de los dulces misterios, del amor y de las rosas.

GUIRNALDAS Y METOPAS

A Jorge N. Abello.

Entre rotas franjas ondulantes de
nubes criselefantinas, listadas de un
azul tenue y muriente, despeñábase el
carro del sol detrás de las aureoladas
moles de granito de la agria cumbre,
hiératico, solemne.

Á mis pies el hondo valle, envuelto
en acromática, soñolienta penumbra,
vibraba como una caja harmónica. De
los flotantes florones de las palmas
ascendían murmurios gárrulos é inquietantes,
como un gran rumor lejano de
oleadas marinas, mezclado con suspiros,
rezos y entrecortados sollozos. Era
la triste melopea de la tarde que agonizaba
y la sinfonía espectral de la noche
que subía.

Una mano pesó sobre mi y ví delante,
destacándose entre los esplendores
de occidente, á guisa de aparición

drúidica, una figura de anciano, alto, sombrío, claudicante. En los ojos veíase el reverberante parpadeo de no sé qué fuego interior, que envolvía sus altivas y demacradas facciones de emperador destronado, en una como atmósfera augural y visionaria. Sin que se me tome por un soñador : dírase ser el melancólico genio de esas montañas.

Acaricióse con cierta coquetería la encanecida barba que hasta el pecho le caía, y fijando con aire de infantil bondad los fulgurantes ojos en los míos, con voz cadenciosa y profunda, de tonos dulcemente monótonos, que sonaban, como si vibrasen de muy lejos, exclamó:

— « No os inquietéis. Os diré. Soy Crisotemis de Creta, el citariota que en los juegos píticos cantó el primer Nomo en honor de Apolo Pythio. Fui entre los aedas célebre en mi tiempo; gocé de alto renombre entre las vírgenes delficas. De mis manos recibió Safo el

pectis sonoro; yo enseñé á Pindaro á
taner la lira de siete cuerdas. »

Y como él creyese notar en mí una
como sombra de inquietud, cambió de
tema bruscamente y comenzó :

— « Y al pasar vió sobre la tumba
de una dulce virgen de Torinto, mal-
grada en la flor de su hermosura, á
modo de piadosa ofrenda que el mater-
nal cariño allí depositara, un canastillo
ceñido de hojas de acanto. Y el velo
de Tanit, el *zaimph* de los ensueños
rítmicos é inmortales descendió sobre
la frente apolínea del efebo y, ¡ oh Cal-
maco! de la tierra de Hellas surgió la
triumfal columna, palpitante de luz y de
idealismo como una flor de mármol, y
harmoniosa como los exámetros de
Terpandro al són del bárbiton. »

Paró de hablar un punto, los ojos
fijas por inspirada manera en el hori-
zonte, y como si de pronto desfilaran
ante su iluminada vista los floridos
cármenes y el cielo de Arcadia, dijo :

— Os cantaré el primer canto que compuse, cuando adolescente, entre festivo y ruidoso coro de mozos y doncellas, en el dulce tiempo de la vendimia. Dice así :

« Canto à Linos, hermoso como Apolo.

Canto al mancebo arrogante, que murió devorado por perros rabiosos, bajo los malignos rayos de Sirio, en el ardoroso tiempo del estío.

Canto al adolescente de estirpe divina, famoso en la carrera más que Gerón de Siracusa, ágil y terrible en el pancracio como Heracles, noble como Harmodio y Aristógiton, que escondieron sus espadas entre mirtos y rosas, y dieron muerte al tirano.

Canto al efebo rubio como un sol y arrojado como Factón, el hijo de Clímene, cuando en el encendido carro de Febo, lanzó por los cerúleos ámbitos la formidable cuadriga.

¡ Ay Linos! Fué el tuyo triste y prematuro fin. De aquí que en la éra

de las vendimias, cuando hierven los anforidiones y se preparan los misterios dionysiacos, tu nombre vibre lastimero en boca de los mozos y doncellas, entre los alados suspiros del peán y las notas de la forminge septimorde. »

Aquí cesó de hablar, y sin más, como visión de un sueño hípico desapareció.

Pensativo y soñador, alejéme de aquellos sitios, casi tentado á pensar, no obstante mi excepticismo... ¡ Veo que algunos se sonrien! — casi tentado á creer que, después de todo, (y mayores cosas se han visto), aquel anciano visionario, sombrío y claudicante, bien podía ser el melancólico genio de esas montañas.

ADIÓS

A C....

Reina de las negras pupilas, ¿ni un adiós? Así se va, señora, ingrata niña de mis ojos? Oiga: la ví venir y dije al pobre corazón: ésta viene en nombre del amor. Á través del azulino, precioso velo, dibujábase su rostro como un lis al beso de la primavera. ¿Se acuerda? Sí, sí; lo negarán sus labios, mas el alma, nó. Ah! rehuñar la pura luz de sus miradas, en la triste hora de la despedida, fué poca compasión. Sabe, señora, ingrata niña de mis ojos, que es mucha crueldad? Nunca lo olvidaré! Al caminante que pasa se le dice: ¡adiós, hermano!... ¿sabemos acaso la acerada espina que punzóle el corazón? Tal vez triste suerte le espera. ¿Quién es invulnerable al dolor? Paza el dios siniestro no hay escudo fuerte. Tal vez caerá para siempre rendido á orillas del camino, en tierra extranjera, lejos de os seres que él

amó. La piedad á los que sufren, la piedad, señora, que es la forma más sagrada del amor, es virtud poderosa aun entre los ángeles de la séptima jerarquía. En el banquete de Eros los serafines y ofanines siempre tienen una sonrisa para el triste, y más de un Edipo se ha sentado á la mesa olímpica y ha recibido la copa áurea de manos de Hebe y Ganímedes. ¿No es esto acercarse á los dioses? Esperaba alguna piedad. ¿Ni un adiós? ¿y así se va, señora, ingrata niña de mis ojos?

Tras el deslumbramiento del corazón, sólo queda oscuridad. ¡Ay! la poesía de la ausencia será amarga, bien amarga. En sueños la veré, y el enojo de sus miradas ahuyentará de mis noches los blancos, libelulios de la ilusión, y ellos volverán á su encantado país y se irán lejos, al rosado Benarés de sus amores, al Cachemira ideal que no he de ver, donde los Rudras y Adytias, genios maléficos, no rondan el misero bengalow del totah-vedah pujante, en las noches gélidas y medrosas.

En las tardes tristes pensaré mucho,

y en mi frente pálida vendrá á cristalizar
sus rosas el frío de las grandes melancolías,
y en el alma brotarán todas las flores
de nieve de mis tristezas infinitas.
Pensaré que no habré de verla más.

Niña de las negras pupilas, ¿ni un
adiós? ¡Ah, comprendo!... puede que
me lo nieguen sus labios, mas el alma,
¡ay, el alma nó!

Si es así, señora, ingrata niña de mis
ojos, adiós, adiós!

CANCIÓN

DE LA

CÍTARA DE ORO Y MARFIL

A Armando S. Byrne.

Es la princesa paloma, la de columbinos ojos, hija del rey de la Broma, señora de siete castillos con sus puentes de plata y dorados rastrillos, nieta del Emperador de los Crisántemos y de la Reina de los Lirios azules, y madrina de todas las rosas blancas que nacen en la primavera, la que dióme una tarde rosada de Abril esta citara de oro y marfil.

En la pensativa noche inquietante y fría, al son de la forminge, he evocado las visiones de la melancolía, y en su tálamo sideral los rítmicos astros luminosos han movido para sonreír sus labios armoniosos, en yámbico desdén. ¡Oh! las dichas de arriba sólo tienen

sonrisas para las miserias de abajo. Para el príncipe Sirio, la Tierra es un escarabajo. Es la ley. ¿Murmuráis?...

En verdad, os diré: para un oído bien ejercitado en el número, se distingue entre mil esta cítara de oro y marfil.

Tú, rey capripede de las selvas enmarañadas, viejo sátiro, deja en paz á las ninfas en sus grutas nacaradas; haz que enmudezca la voz de la siringa. En loor de Dionysos quiero pulsar la cítara de oro y marfil.

Venid, Faunos, y traed con vosotros á Sileno. Venid, Bacantes, vibrad el tirso, que de vahos de mosto el aire está lleno. Ha tiempo que el sol hizo reventar las doradas uvas. Preparad las ánforas polícromas de Megara, los bellos cráteres que cincela Corinto, las hondas cubas que espumajea. Embriaguémonos del vino que conforta, de aquel vino de Naxos que enardece, que el amor pone alegre el corazón y el buen vino dulcemente enloquece. ¿Queréis que os cuente de cómo la princesa paloma?...

Pero, ¡calle! ¿No es el albo torso de una ninfa el que miro resplandecer allá en la loma, por entre los esfumados follages de los olorosos mirtos?... Yo me voy á la sombra del verde pensil, con mi cítara de oro y marfil.

¡Ah! Vendrá la noche des escarchas llena, la noche espectral. Las willis de los bosques siniestros, tejerán su fantástica danza invernal. Y el genio de las brunas neblinas descojerá su humeante peplo, y silenciosamente cubrirá los valles alegres y las altas cumbres, y agostará la flor y los primores de los campos y acallará la voz de los nidos sonoros.

Vendrá la soledad, y con ella la ronda de los recuerdos tristes, el eco de las muertas alegrías, y se extinguirá la luz. Y del país de la nieve vendrá el ángel aterido del hastío. Pero, mirad: el poeta ahuyentará los espectros del frío con el calor estival de los versos aurorales, y como vibrante escuadrón de abejas de Himeto, como dardos de luz del cárcaj

de Smyntheus, brotarán las estrofas ardientes, los dísticos triunfales. Y si no fuera esto bastante, ¡oh Kronos! me darán su calor primaveral las amiguitas risueñas y sonrosadas, y les hablaré de la princesa paloma, la de columbinos ojos... ¡yá sabéis! Y les diré de cómo esta excelente y linda señora, nieta del Emperador de los Crisántemos y de la Reina de los Lirios azules, y madrina de todas las rosas blancas que nacen en la primavera, dióme una tarde rosada de Abril esta cítara de oro y marfil

1893.

FLOR DE LIS

A David de Sola.

Olga la altiva, la regia dama,
Hija de reyes, la real princesa,
De púlpéos labios color de fresa
De negros ojos, talle de hurtí,
Yace en su bata de seda armiño,
Cual pensativa, joven sultana,
Tendida en muelle, rica otomana
Do brilla en oro la flor de lis.

La estancia aroman con sus perfumes,
Flores de varios climas remotos,
En viejas ánforas ixias y lotos,
Blancos nenúfares en campo azur.
Vénse doquiera bronces antiguos,
Preciosos nielos y platerescos,
Telas de oriente, cofres chinescos,
Pomos de esencia de Kiang-ning-fú.

¿Porqué suspira? ¿qué extraña sombra
Su frente tiñe de hoscos celajes? . .

¿No tiene joyas y hermosos pajes,
Y áureas carrozas, la hija del rey?
En las lagunas de sus palacios,
No hay albos cisnes entre las flores?
¿No tiene alcázares y miradores,
Regias alfombras de Benarés?...
—

¿No en honor suyo quiebran sus lanzas
Los caballeros, grandes señores,
Mientras los bardos, cisnes cantores
Alzan el himno regio y triunfal?
¿No ante ella inclinan la noble frente,
Príncipes, duques, condes, barones,
Y hacen profundas genuflexiones
Todos, con mucha solemnidad?...
—

Chales, tapices de Fez y Armenia,
Trajes, brocados, biombos de China,
Santas reliquias de Palestina
Antiguas lacas de Dai-Nipón...
¿Qué más anstas, bella princesa?
¿Acaso anhelas mayor fortuna?
¿Querrás por gemas rayos de luna
Y al rubio Apolo por paladión?...
—

Entre las áureas pompas triunfales,
Tal vez envidia, de otras mujeres,
La humilde suerte, y otros placcres
Sueña la altiva princesa real;
Acaso anhela, por toda dicha,
Días tranquilos, puros, risueños,
Cabe el efebo de sus ensueños,
Bajo el techado de un pobre hogar. .

—
Quizá en su mente surge el recuerdo
De un viejo libro que un eremita,
Niña le diera, y en donde escrita,
Esta sentencia sabia, se lee:
« El hombre misero, que en honras busca
Del bien la fórmula, jamás la alcanza:
Funda en un sueño toda esperanza,
Siembra en el viento toda su fé. »

ARABESCOS

A Antonio E. Rodríguez.

En noches azuladas,
Cuando esparce su luz de nieve y seda
La pálida Selené,
Las cristalinas aguas espejean,
Y las sonantes ondas
Hierven en sartas de armoniosas perlas.
Del ampo de las brumas
Surgen las almas fúlgidas y trémulas
De las piedras preciosas,
Y en irisado enjambre que abejca,
Como avispas de fuego,
En mi redor coruscan y chispean,
Y en la radiosa mente
El polvo de oro de sus alas dejan.

Primero es el diamante;
Viste blondas de luz. Dulces leyendas
Refieren que fué un príncipe
Encantado por celos de una estrella
Maligna y poderosa,
Que unía á la crueldad grande belleza
Sigue el rubí. Nacido
En púrpura oriental y principesca
Con sanguinosa pompa,
Es de frente imperial rica presea,
Como el ópalo ardiente
Que emerge lampos de nevada seda...
Topacios y esmeraldas,
Zafiros, amatistas y turquesas,
¡Cuál tejen y armonizan
Su alegre danza en rebullente rueda!
Mirad: ¡cómo refulgen
En peregrina y deslumbrante fiesta!
¡Cuál vívidos utilizan
Sus guirnaldas, collares y diademas
Hechos de prismas y oro
Y lágrimas de luz que centellean! ..
Es que de amores cantan
En su inefable y misteriosa lengua,
Cuando á los rayos lívidos
De luna melancólica y sedeña,
Como avispas de fuego
En mi redor coruscan y chispean.

—

¡Ah las noches azules
De níveas, virginales transparencias !
¡Ah las visiones áureas !
¡Ah los castos ensueños y promesas
Que en la radiosa mente
El polvo de iris de sus alas dejan !

1893.

MIRTOS

A Eduardo Lansberg.

Sobre el airón flotante de las palmeras,
Y en las alegres linfas de las praderas:
Sobre el ciclópeo dombo de la montaña,
Que su frente en los nimbos del iris baña;
En el nido que es góndola de seda y plumas,
Y el lirio hecho del fleco de las espumas,
Hay fulgores seducidos y virginales
Y estuivos de violetas primaverales,

En la bendita tierra de los ensueños
Al brotar de los mirtos surgen los sueños...
En torno de los árboles, viejos druidas,
Giran en áurea danza las nereidas;
Las ondas-esmeraldas de sol radiosas,
Abren sus abanicos entre las rosas,
Y el grácil junco yergue, cabe los ríos
Su piocha de oro y perlas de los rocíos.

¡ Oh la triunfal mañana, pura y serena,
De cántigas y besos y albores llena!
¡ Rica y dulce esperanza que el alma enflora,
Y da á las frentes pálidas halo de aurora;
Que pone en las mejillas adolescentes
El sol de nuestros cielos resplandecientes,
Y en la miel de tus besos castos ardores,
Y en mí la ardiente abeja de los amores!

NOCTURNAL

De pié, sobre el umbral de tu santuario
En sueños me verás. Ave nocturna
Mi alma en redor de la sellada úrna
De tus ensueños de oro, aleteará.
En los sedosos rizos de tus crenchas
Hallarás de mis besos el aroma,
Y las rosas mis versos, en su idioma
De fragantes suspiros, te dirán.
Con opalinas lágrimas los astros,
Te dirán de mi amor la dulce historia,
Y el alba hermosa en su explosión de gloria,
El poema entonará de mi pasión;
Y en sueño oirás, en noches azuladas,
Allá en tu alcoba, entre dorados flecos,
En su lengua de silfo, arpados ecos
De cítaras y cántigas de amor.

Despertarás... Con blando sobresalto,
Oirás perderse en la mullida alfombra,
Los misteriosos pasos de una sombra,
Flébil creación de lo ideal quizás;
Y á la luz de tu lámpara expirante,
Que con fulgor fantástico relumbra,
Me verás, de tu alcoba, en la penumbra,
Siempre triste y de pié sobre el umbral!

1892.

RESURRECCIÓN

A Wenceslao Ibáñez M.

¡ Atrás! ¡ atrás! vampiros pensamientos,
Luctuosas creaciones del hastío,
Que engendráis en el ánimo elementos
De hondo cansancio, aburrimiento y frío!
¡ Paso al águila-león que resucita
Y en vuelo majestuoso y prepotente
Se eleva á recibir vida infinita
De la alma luz en la inexhausta fuente!
¿ Qué fuera si tras noche de pavora
No venciese su horror astral lumbrera,
Si del dudar tras la obsesión impura
La voltaria esperanza no sonriera?
Ola perdida en el ribazo enorme
Do lo pasado al porvenir se fragua,
El hoy se extingue en el mañana informe
Y pasa cual burbujas sobre el agua.

Dicha es cambria... Del tiempo tornadizo,
¿Quién detendrá la ponderosa rueda?
La vida es movimiento : lo estadizo
Contrario es al vivir, porque lo veda.
¡Oh, manantial eterno que borbota,
Eterna vida, eterno movimiento,
Que mueve el grande mar, vibra en la gota
Y renueva los mundos con su aliento!

1892.

LUMEN

A David M. Tchumaciro.

Tras las verdes persianas está mi amada
Tras alegres tapices de madre selvas,
Y el sol de sus pupilas hasta mí irradia,
De esas grandes pupilas que desesperan.

Abajo arden las rosas cual vivas llamas,
Y flotan en los aires de polen llenos
Las almas de las flores enamoradas,
La mirra y ambrosia de ardientes besos.

Cantan mares y selvas su melopea,
Alfombran los senderos lirios y nardos,
Y á las auras campean como banderas
Las flores y retoños de los naranjos...

¡Puntead dolientes guzías, sonoras arpas,
Galanes y amadores de Primavera ;
Mas no miréis las grandes pupilas aureas
Tras los verdes tapices de madre selvas !

Tejen aves, insectos y mariposas
La danza misteriosa de los amores
Y el sol que cabrillea sobre las olas
Pone cual con el vino los corazones.

Cambiantes de esmeraldas, sedenios copos
De espumas vaporosas que el viento quiebra,
Blancuras de alabastro, botones de oro
Que entre mirrinas ondas su broche enflecan ;

Azules lejanías que el ser ensanchan,
Imágenes radiosas que frescas surgen,
Golpes de luz que enervan, calor sagrada,
Que en férvidos raudales del pecho fluye...

¡ Cuánto sol en los ojos y en las mejillas,
Cuánto suspiro ardiente que en llamas brota,
Cuanto estallar de besos y de sonrisas,
De músicas y ensueños que el alma enfloran !

¡ Lejos con vuestras guzlas y serenatas,
¡ Oh, dulces rondadores de Primavera !
Que no os quieren las grandes pupilas áureas
Tras los verdes tapices de madre selvas.

HARMONÍA

A Rubén Darío.

Mientras fuera comienza la noche fría,
Repleta con la ronda de sus espectros
Grande, triste y magnífica su sinfonía
Al son de los eolios, hípnicos plectros;
Suave Euritmia de sistros, guzlas moriscas,
Y murmurantes cítaras, arpas sonoras,
Que nabras de las sultanas, las odaliscas,
Y en la erótica noche gimes y lloras;
Tú, alma de las liras, diosa Harmonía,
Que vibras en los besos y en los aromas,
En las líricas pompas de la poesía
Y en la perlada lengua de las palomas;
¡ Cuánto amo el rico verbo de tu cadencia,
Tu numeroso ritmo que miel rebosa,
Tus trenos y abejeos, la eflorescencia
Con que riegas tus perlas, mística rosa;
Los metalinos ecos de tus bordones
Que hablan de penas hondas, dulces ternezas,
Con la voz con que cantan los corazones
El íntimo poema de sus tristezas !

¿ Son los gnomos, los elfos en la arboleda ?
¿ Es el aire ? es el agua ? ¿ son los rumores
De las ninfas que en tropa vibrante y leda
Bullen entre las frondas de los alcores ?
Es la voz de tus himnicas, dolientes quejas
Que zumba en las azules noches radiosas,
Cual las errantes almas de las abejas
Sobre el cáliz de muertas, pálidas rosas.
Son de tu danza rítmica trémulos giros ;
Es la flor primorosa de tu lenguaje,
El polifono carmen de tus suspiros,
Los besos sonorosos de tu cordaje.
¡ Salve cuando á la magia de tus concetos
Ondula la esperanza sus oriflamas,
Y revela á los ojos, de luz sedientos,
El oriental portento de tus dioramas !
¡ Salve en los oarystis de los amores,
Y en la augural, hierática voz de las almas,
De la fé en las proféticas noches de albores,
De la gloria en las áuricas, fúlgidas palmas !
¡ Salve cuando en la noche túrbida y fría,
Repleta con la ronda de sus espectros,
Haces vibrar tus arpas, diosa Harmonía,
Y la voz de tus regios, sagrados plectros !

ABISMOS

De la luna al fulgor de suave armiño,
Las ondas descogían
Sus encajes de perlas y de espumas ;
En nuestra sed de amor, jamás pensamos
Que ocultaban la muerte en sus abismos.

Hoy que al fin he sondeado en tu conciencia,
¡ Tú, mi santa adorada de otros tiempos!..
Hoy sé que puede el alma,
Tras el poema de luz de una sonrisa,
Ocultar los abismos de la muerte.

FE

A Florentino Goenaga.

Amor tres veces luz, gracia divina
Que fluye de lo Excelso como fuente,
Sumo fulgor que de Suprema frente
Los siderales mundos ilumina.

Corona del querub, Alma Regina,
Que esplendores de sol lleva a la mente,
Y enciende del amor el sacro oriente
A cuyo albor la infinitud germina.

A su presencia el ángel se engalana,
Refulge el alto cielo y, como Atlante,
Yérguese la conciencia soberana ;

Y, soberbia y magnífica la Idea
Surge, cual del cerebro del Tonante,
Regia, invencible, Palas Atenca.

BLANCAS MORENAS

A Esther y Rosa.

Florilegio y blasón de hermosura,
Alma y flor de gentil donosura,
Castas Venus risueñas de cándida sien,
Ya alborean los dulces abriles,
Del amor en los áureos pensiles
Van en pos las abejas de lírica miel.

De la danza en los rítmicos giros.
¿ No os encienden los hondos suspiros
Con que tímido expresa su ruego el galán?
Y las tiernas promesas ardientes
Que os circundan de rosas las frentes
Y de gloria y de ensueños hablándoos están?

—
En la noche luminica y leda,
Cuando borda sus lirios de seda,
Luna pálida en campo de nieve y zafir,
¿ No os visitan radiosas visiones,
Suaves ecos de vagas canciones,
Virginales recuerdos y olores de lis ?

—
Es el dios de las mágicas fiestas,
Rimador de nupciales orquestas,
El que inspira sus himnos al pájaro azul ;
Es el dios de los vales risueños,
El que os trae en su alforja los sueños
Con que tejen las hadas sus trajes de luz.

—
Por el fúlgido oriente ya avanza
En su carro de luz la esperanza,
Que es el sol de las niñas de pálida tez,
Y en sus velos de tul transparentes
Ya palpitan los senos ardientes
Como rosas benditas de olor del Edén.

—

Ya en la tersa y quemante pupila
Primavera sus iris burila,
Ríe el alba triunfante, inmortal del amor ;
De los labios, que en rojos claveles
Trueca abril con sus regios junceles,
Ya se exhalan perfumes de besos en flor.

Es la era de luz y aromas ;
Ya destilan su néctar las pomas,
Que brotaron al beso del fuego estival ;
Los naranjos cubiertos de yemas,
Ya preparan sus niveas diademas
Á las frentes teñidas de albor virginal.

Florilegio y blasón de hermosura,
Alma y flor de gentil donosura,
Castas Venus risueñas de cándida sien,
Ya alborean los dulces abriles,
Del amor en los áureos pensiles
Van en pos las abejas de lírica miel.

MEDALLÓN



A Rubén A. Cepeda.

¿Pintároslo? Jamás; yo no podría...
Dónde fué, cómo y cuándo, no lo sé;
Mas créedme lo; la he visto; no es mentira:
Era un tipo soberbio de mujer.

Tal me imagino yo la poesía
Hecha carne ideal para el placer;
Algó de flor y de la estatua frígida,
Mucho de hetaria en fuego y languidez.

Negras, hondas miradas que hipnotizan
Como al mirlo el viscoso cascabel;
Nieve que hiela y ascua que calcina,
Infantil impudor y candidez.

Ojos de astros y frente de Afrodita,
Arrogancia de reina y su altivez,
Clemencias de ángel, celos de felina,
Con arrullos de alondra en el vergel.

Ambiente enervador de rosa y mirra,
Pálidas manos de imperial musmé,
Flancos de diosa, gestos de odalisca
Que hacen soñar con noches del harén.

Algo de sideral melancolia,
Con mucho de inefable sencillez;
Ya encendida, ya blanca, dulce y mística
Cual virginal creación de Rafael.
¡ Ah! ¿ quién á descifrar alcanzaría
El problema adorable de ese sér,
Que es sierpe y flor, volcán y estatua frígida,
Vestal y meretriz, Friné y Raquel?
¿ Sandalfón ó Astarté? ¿ Luz que redima,
Ó la noche eternal? yo no lo sé;
Mas créedme lo, la he visto; no es mentira:
Era un tipo soberbio de mujer.

ÍNDICE

	Pág.
Psiquis.	1
Collar de perlas	5
L'oubli.	9
Noche.	11
Nupcial	17
Simbólica	21
Efímera	23
Crepuscular	25
Scherzo en lila bemol	27
Triste	29
Rondo cromático	31
Versos que el príncipe Rubí escribió para su Amada	33
Tu Ideal.	37
Sinfonía	39
Abigail.	41
Azul.	43

Fuga de los Centauros.	45
En la tarde opalina.	47
Rimas	49
Oriental.	51
Nostalgia	53
Acuarela.	59
Guirnaldas y metopas	61
Adiós	67
Canción de la Cítara de oro y marfil.	71
Flor de lis	75
Arabescos	79
Mirtos	83
Nocturnal.	85
Resurrección.	87
Lumen.	89
Harmonía	91
Abismos.	93
Fe.	95
Blancas morenas	97
Medallón	101

Imprimerie G. RICHARD, 7, rue Cadet. Paris.
